

FLORENCIA BONELLI

El cuarto arcano



El puerto
de las tormentas



*Dos personajes opuestos
con un destino común: amarse.*

FLORENCIA BONELLI

EL CUARTO ARCANO

Segunda Parte:
El Puerto de las Tormentas

 Planeta

Capítulo I

Palacio del virrey, Río de Janeiro, martes 13 de mayo de 1806.

La baronesa Ágata de Ibar se inclinó sobre la anciana situada a su lado y, buscando intimidad tras el abanico, preguntó:

—Señora Barros, ¿quién es aquel caballero?

—¿Cuál?

—El que está haciendo molinete con el guante.

—Roger Blackraven, conde de Stoneville.

La anciana se dio cuenta de que la baronesa apreciaba al conde inglés como un chalán valora a un purasangre.

—¿Y la mujer junto a él? ¿Su esposa quizá?

—Oh, no. Me la presentó como su prima. Éloïse Letrand, ese es su nombre. Francesa, según entiendo. Y aquel joven, el de los rizos rubios, es el hermano de la muchacha, Prosper Letrand.

Ágata de Ibar se golpeteó el mentón con el abanico cerrado sin desviar la mirada de Blackraven, que en ese momento sesgaba la comisura izquierda en una sonrisa irónica ante un comentario de su prima. Aquel gesto cautivó a la baronesa, y la llevó a levantar sus propias comisuras y a abrir el abanico con un golpe seco para sacudirlo ante su rostro.

—Atractivo, ¿verdad? —escuchó murmurar a la señora Barros—. Si bien hace muy poco que llegó a Río de Janeiro, toda clase de conjeturas se tejen en torno a él. Algunos insinúan que es pirata. —Ágata de Ibar se volvió de súbito y la señora Barros asintió. —Dos de sus barcos están fondeados en la Bahía de Guanabara, y se dice que su flota la componen más de veinte. Otros aseguran que es un espía inglés y hay quienes sostienen que lo es del emperador Napoleón. En definitiva, nada se sabe con certeza, solo que es inmensamente rico. Y si es rico, es poderoso.

—Preséntemelo, señora Barros —pidió Ágata, y la anciana soltó una risita.

El barón João Nivaldo de Ibar las abordó en ese instante y tomó a su esposa por el brazo con delicadeza. Se destacaban por sus figuras, altas y delgadas, aunque la de ella presentaba curvas voluptuosas. Ambos vestían con elegancia, sin mostrar los excesos de algunos invitados a la velada ofrecida por el virrey en honor del natalicio del príncipe don Juan, regente del Portugal desde la declaración de insania de su madre, la reina María I.

—¿Nos retiramos, baronesa? Ya es tarde —dijo de Ibar.

—Señor, la señora Barros ha ofrecido presentarme a una amiga, la señorita Éloïse Letrand —y la señaló con discreción—. Ya sabe su merced cuánto echo de menos a mis amigas. Desde que dejé Lisboa, a excepción de la encantadora señora Barros, no he tenido oportunidad de departir con personas interesantes. ¿Podría aguardar su merced a que se hayan realizado las presentaciones?

El barón asintió y las escoltó hasta el sector donde la señora Barros los presentó a los hermanos Letrand y al conde de Stoneville. Se entabló un diálogo en francés. La baronesa echaba vistazos a Roger Blackraven, que de cerca le había parecido impactante, un hombre de fuste, de eso no cabía duda, más allá de su corpulencia y de esa mirada oscura e hipnótica, de ese entrecejo poblado y fruncido. Se movía con desenvoltura, y nada en sus maneras denotaba una índole egotista como en la mayoría de los de su clase; observó que no llevaba peluca y se dijo que ningún hombre sensato lo habría hecho si contase con un cabello tan negro, abundante y hermoso. No chocaba su arrogancia natural, que eclipsaba a los demás hombres del salón, y poseía una cualidad de flagrante atracción sexual que lo delataba como un seductor consumado. «Aunque intuyo que puede llegar a ser cruel como uno de los caballos de Diomedes», pensó Ágata, excitada, sonrojada. De él emanaba tal fuerza, tal seguridad en su persona, un cinismo que lo habría llevado a condescender con más de uno esa noche, con su esposo, sin duda, que reía de alguna broma profiriendo ese sonido similar al graznido de un ganso.

Sí, Roger Blackraven lucía como un caballero; de igual manera, cierto aire en su semblante, en su modo de expresarse y de mirar hablaban de que en él habitaba un sustrato más a tono con ese rumor que lo tenía por filibustero. «En el fondo», se dijo la baronesa, «este hombre se cree Dios».

El barón de Ibar extendió la mano a Éloïse y le solicitó la próxima pieza, un vals. Blackraven hizo lo propio con la baronesa, y Prosper debió conformarse con la señora Barros, quien se negó pues, según declaró, no aprobaba ese baile nuevo.

Sus manos eran grandes y fuertes, como las de un campesino. La sorprendió que se deslizara con maestría, haciéndola sentir ligera, él mismo lo parecía a pesar de su cuerpo macizo y pesado, del que recibía una muestra al apretarle el brazo. Quizá componían un cuadro ridículo, ella tan delgada, él tan voluminoso, y, sin embargo, Ágata estaba a gusto en los brazos de ese hombre.

De acuerdo con las reglas de la danza, Blackraven sostenía la mirada de su compañera y sonreía, más allá de que en sus pensamientos sujetaba otra mano y rodeaba otra cintura. De pronto bailaba en la tertulia de su quinta «El Retiro», en aquel caluroso domingo 2 de febrero, y en su mente se repetían las palabras que le había dirigido a ella para tranquilizarla: «Solo relájate y déjate conducir por mí. La palabra vals proviene del alemán, *wälzen*, que significa girar. Esta danza no es más que eso, Isaura, girar y girar sobre nosotros mismos». Ella, confiada, le permitió guiarla por el salón. Giraron y giraron, y él, que jamás dejó de mirarla, fue testigo de cómo sus mejillas se colorearon, sus ojos brillaron y su pecho agitado pugnó por desbordar el escote. Más tarde, ya de noche, ebrios de deseo, se adentraron en el Río de la Plata y también giraron y giraron en el agua, las piernas de Isaura entrelazadas a su cintura y sus brazos al cuello, para terminar haciendo el amor en la playa.

—No me contemple de ese modo, excelencia —pidió Ágata.

—¿Le molesta? —La baronesa sonrió en el gesto de quien admite su hipocresía, y Blackraven expresó: —Ya lo sospechaba.

—Para ser un conde inglés, excelencia, su educación deja mucho que desear. Creo que daré crédito a las hablillas que lo tienen por filibustero. —Blackraven rio, echando la cabeza hacia atrás, y Ágata contuvo el aliento, fascinada. —Ni parece inglés —pensó en voz alta.

—Mi madre es italiana. Quizás eso explique mi aspecto poco sajón.

—En verdad, lo explica. Dígame, excelencia, ¿es su gracia un filibustero, sí o no?

—No. —Blackraven levantó una ceja. —¿Desilusionada?

—Habría sido una experiencia infrecuente departir con un rufián de los mares, casi una aventura. Admito que habría sido también un buen aprendizaje. No sé nada acerca de los mares y de sus misterios.

Blackraven sonrió con indulgencia y siguió bailando.

—¿Y qué me dice del cotilleo que habla de que hay dos barcos de su propiedad fondeados en la Bahía de Guanabara?

—Digo que es cierto.

—¿Cómo se llaman?

—*Sonzogno* y *White Hawk*.

—Mmmm... *Sonzogno* y *White Hawk*.

Terminó el vals, y Ágata de Ibar se decepcionó cuando su compañero la tomó de la mano para devolverla a su esposo.

* * *

Ocupaban las mejores habitaciones en el prestigioso Hotel Faria-Lima, a pocas cuadras de la morada del virrey. Éloise subía la escalera del brazo de Blackraven mientras comentaba acerca de la velada en honor del príncipe don Juan.

—¿No lo crees así, querido? ¿Roger, me escuchas?

—Disculpa, Marie —se excusó el conde, llamándola por su verdadero nombre—. Me distraje.

Marie y su hermano Luis Carlos —a quien presentaban como Prosper— intercambiaron una mirada. Desde la salida de Buenos Aires, su primo Roger no era el mismo; lucía ausente y meditabundo, disperso y desinteresado. Ambos conocían la causa de su melancolía.

—Te preguntaba si eres de mi opinión respecto al barón de Ibar. Me ha parecido un hombre encantador.

—Tuviste más oportunidad que yo para tratarlo. Confío en tu juicio —expresó Blackraven, y la muchacha bajó la vista; poco tiempo atrás su falta de criterio en relación con el señor William Traver casi le costó la vida a Isaura Maguire, la esposa de su primo.

—La señora Barros nos invitó a su casa mañana por la tarde —comentó Luis Carlos—. Me aseguró que concurriría el cogollo de la sociedad carioca.

—¿Podremos ir? —se entusiasmó Marie.

Habían llegado a la puerta de su habitación. Blackraven la miró a los ojos y, antes de besarle la frente, sonrió y asintió. Nada lo movía a departir con aquellas gentes excepto hacer más placentera la estancia de sus primos. Antes de dejar Río de Janeiro, necesitaba asegurarse de que se rodearían de personas honorables.

—Mañana, a las diez de la mañana —habló Blackraven—, iremos a ver esa casa en el barrio de São Cristovão. Desayunaremos en mi cuarto a las nueve y media.

Se despidió también de Luis y marchó a su habitación, en el mismo piso. Saludó con un gesto a uno de sus hombres que montaba guardia disfrazado de paje.

—El botones pasó un mensaje bajo su puerta, capitán.

—Gracias, Shackle. ¿Todo tranquilo?

—Todo tranquilo, señor.

Echó llave a la puerta y se inclinó para levantar el sobre lacrado. Identificó el sello, y no habría necesitado leer su contenido para saber que hallaría un mensaje cifrado de Adriano Távora, uno de los espías que, junto con Gabriel Malagrida (capitán del *Sonzogno*), Amy Bodrugan, Ribaldo Alberighi y Edward O'Maley, había conformado una banda de cinco, todos a las órdenes del Escorpión Negro. En realidad, quedaban cuatro; dos años atrás, Ribaldo Alberighi había muerto en París, a manos de los torturadores de Joseph Fouché, sin abrir la boca.

Al igual que Roger Blackraven, Adriano Távora cargaba con el estigma de ser un bastardo repudiado por su padre. Hijo natural de José I del Portugal y de Teresa Leonor Távora, había nacido en una prisión en las afueras de Lisboa mientras su madre, acusada junto con el resto de la familia Távora del intento de asesinato del rey, aguardaba su ejecución. Contaba con días de nacido cuando el primer ministro, Sebastião José de Carvalho e Melo, conocido años después como marqués de Pombal, solicitó también la pena de muerte para la criatura. Incluso la reina Mariana, esposa de José I, se opuso a semejante aberración, y determinó que el niño fuera entregado a la corte española, bajo la protección de su madre, la hermosa e intrigante reina Isabella di Farnesio.

La llegada de Adriano Távora, de apenas unos meses, al palacio de Madrid coincidió con la del nuevo soberano de la España, Carlos III,

que abdicaba de un reinado en Nápoles para ocupar el trono de una de las naciones más poderosas de la Tierra. El nuevo monarca llegó con su esposa, María Amalia de Sajonia, y una caterva de hijos, entre los que contaba una ilegítima, la dilecta del rey, Isabella di Bravante.

Conmovido por la historia del niño Távora, Carlos III permitió que se educase con sus hijos, a los que Adriano terminó por considerar como a hermanos, y quizá porque compartían la misma suerte, Isabella, la ilegítima, era a quien más quería. Adriano lloró y sufrió cuando la muchacha fue enviada a vivir al palacio de Versalles. Jamás dejaron de escribirse, e incluso Adriano obtuvo de su tío Carlos, como llamaba al rey, autorización para visitarla en una oportunidad. Así conoció al hijo de su querida Isabella, Alejandro di Bravante, o Roger Blackraven, como lo llamaban desde los doce años, desde que su padre, el duque de Guermeaux, se lo arrebató a Isabella y lo tomó bajo su custodia.

* * *

Después de leer el mensaje cifrado de Távora, Roger Blackraven se vistió con ropas cómodas y se echó encima un abrigo liviano. El portero del hotel le alcanzó a Black Jack, su caballo. Cruzó al galope la Praça Quinze y tomó por la rua do Cano hacia la zona de las tabernas de los marineros. Se detuvo a la puerta de O Amigo do Diabo, de aspecto tan sórdido como su nombre. Condujo a Black Jack por las riendas hasta el establo. El quejido lo alcanzó apenas traspuso el portón, y siguió entrando, como si nada hubiese escuchado. Acomodó al animal, le colocó una artesa con agua cerca de los cascos y salió. Volvió a entrar casi de inmediato y se topó con un niño negro muy maltratado; no se le veía el ojo izquierdo a causa de la hinchazón y tenía el labio partido, por donde aún manaba sangre. Se dio cuenta de que temblaba.

—No te haré daño —le dijo en portugués, con marcado acento—. Ven. —El niño continuó mirándolo con ansiedad y sorpresa, sin intención de aproximarse.

«¿Qué haría Isaura en esta circunstancia?» se preguntó Blackraven. «¿Cómo ganaría la confianza del mulequillo?» Terminó acucillándose a pasos del negrito y le extendió un pañuelo.

—Vamos, tómalo. Límpiame la sangre del labio.

El niño se acercó renqueando, y Blackraven advirtió, entre los jirones de las mugrosas prendas, verdugones en sus miembros y en su pecho. «Oh, Isaura, si llegases a ver esto», se lamentó.

—¿Quién te golpeó?

—Mi amo —balbuceó el niño; los dientes le castañeteaban.

—¿Quién es tu amo?

—Don Elsie. —Blackraven lo conocía, era el dueño de O Amigo do Diabo. —Se enojó porque rompí una botella de ron. ¡Pero no fue mi culpa! —aseguró, en medio del llanto—. Dos que se peleaban me empujaron y se me cayó.

—¿Dónde están tus padres?

—No sé. Nunca los conocí.

—Vamos, ya no llores. Hoy es tu día de suerte. Te compraré a don Elsie para que sirvas a mi esposa.

El niño levantó la carita y le dispensó un vistazo lleno de recelo; a él no lo engañaban, las mujeres también podían ser perversas; la de don Elsie era una peste.

—¿Me azotará su esposa si estropeo algo?

Blackraven sonrió y le puso una mano sobre el hombro, huesudo y pequeño. A causa de la mala nutrición aparentaba cinco o seis años, a pesar de ser mayor.

—Mi esposa es un ángel y, créeme, será para ti lo más cercano a una madre. ¿Cómo te llamas?

El negrito se encogió de hombros.

—Me dicen Rata.

—Eso no es un nombre. —El niño no comentó al respecto y siguió mirándolo a los ojos, algo que los esclavos tenían prohibido. —Bien —dijo Blackraven—, en tanto regreso, quédate junto a mi caballo y cuídalo. Y ve pensando un nombre que te guste.

—Señor —habló Rata, y extendió el pañuelo sucio—, se olvida de esto.

—Quédatelo —dijo Blackraven, y el niño abrió los ojos con desmesura; ese era su primer regalo.

O Amigo do Diabo lo recibió con el mismo bullicio y fétido aroma de costumbre. El humo de las pipas, de los cigarros y el de la chimenea con mal tiro impedía discernir las siluetas con el primer vistazo. Se

apoyó en el mostrador y lo golpeó dos veces con su estoque. Don Elsie lo saludó con exagerada algarabía.

—¡Capitán Black! ¡Bienvenido, capitán!

—Lleva arriba una botella de lo mejor que tengas.

—A la orden, capitán.

Subió los escalones de dos en dos hasta el primer piso y abrió la puerta al final del corredor sin llamar. Adriano Távora saltó de la silla y le salió al encuentro. Se dieron un abrazo y un apretón de manos.

—¡Qué bueno verte, Roger! —manifestó Távora, en su modo franco.

—Lo mismo digo, amigo.

—¿Dónde has estado? Vengo siguiendo tu rastro desde Ceilán.

Llamaron a la puerta. Don Elsie entró con una botella y dos jarros de azófar.

—Brandy, capitán Black, del mejor —se jactó el tabernero—. ¿De-sean algo más los señores?

—¿Cuánto por el negrito al que casi matas a golpes esta noche? —habló Blackraven desde su silla, dándole la espalda.

—¿Dónde se ha metido ese demonio? ¿Acaso estuvo importunán-dolo, capitán?

La negociación tomó solo unos minutos porque don Elsie quería complacer a Blackraven. Távora echó el cerrojo y se volvió con una mueca irónica.

—¿Desde cuándo te preocupas por el destino de mulecones mal-trechos?

—Lamento que tú, uno de mis mejores amigos, me tengas en tal mal concepto. No soy San Francisco, Adriano, pero también tengo un corazón.

—¡Ja! ¡Un corazón!

Távora le pasó un jarro con brandy y se sentó frente a él. Traía muchas noticias del Viejo Mundo, así que comenzó a hablar. William Pitt, el Joven, había muerto en enero de ese año. Con la desaparición del primer ministro *tory*, el cargo había pasado a manos de William Wyndham Grenville, del partido opositor, el Whig; lo secundaba un grupo de notables que se habían granjeado el nombre de Ministerio de Todos los Talentos. Blackraven sesgó la comisura izquierda con ironía y se preguntó qué diría Isaura al saber que lord Grenville pugnaba por

la abolición del comercio de esclavos. ¿Cambiaría su opinión de los ingleses?

—¿Quién es el nuevo Lord del Almirantazgo? —quiso saber.

—El vizconde de Howick.

Blackraven asintió; el vizconde le debía algunos favores y no le presentaría trabas para renovar la licencia de corso y represalia de sus barcos. Távora se demoró algunos minutos en detallar los asuntos de la política europea, es decir, los últimos movimientos del emperador de la Francia, que ya se erigía como dueño del continente. Al tocar el tema de la España, Távora dijo:

—Estuve con tu tío Carlos —en referencia al rey Carlos IV, con quien Távora se había criado como un hermano.

—¿Qué me cuentas de él? —se interesó Blackraven—. ¿Está bien?

—No muy bien. Entre Bonaparte, su primer ministro Godoy y la reina María Luisa lo tienen a mal traer, ni qué decir del necio de tu primo, el príncipe Fernando, que, instigado por su preceptor, el canónigo Escóiquiz, quiere comerse los hígados de su madre y de Godoy crudos. —Tras una pausa, Távora suavizó el gesto para expresar—: Carlos aceptó tus letras de cambio. Se sorprendió gratamente cuando vio la suma que le enviabas. «¡Ese buen muchacho!», dijo, algo emocionado. Verás, está en apuros financieros. Hizo efectivas tus letras al día siguiente.

Távora extrajo un sobre de su cartapacio y se lo entregó a Blackraven; el sello pertenecía a la Corona española. Se trataba de una misiva del rey Carlos para su sobrino Roger Blackraven junto a un salvoconducto donde le confería plena libertad para transitar por las colonias españolas del mundo y realizar operaciones comerciales.

—Supongo que ese documento es de suma conveniencia para tus planes de independizar la América del Sur. —Blackraven siguió leyendo, y Távora acotó: —Carlos también me expresó su deseo de concederte un título nobiliario.

Blackraven dejó escapar una carcajada y se puso de pie.

—¿Para qué necesito otro título, Adriano? ¿Sabes qué necesito? Hombres de mar capaces de no amedrentarse en el abordaje de una nave enemiga. En algunos meses será la botadura de un nuevo barco en el astillero de Liverpool y aún no consigo ni un tercio de la tripulación.

—A tu madre no le gustará saber que has rechazado un título nobiliario ofrecido por su hermano, el rey de la España.

—¿La viste en Madrid?

—No. Según los chismes, tu madre peleó con la reina María Luisa y volvió a la Inglaterra. Una vez en Londres, fui a tu casa de la calle Birdcage, pero no había nadie.

—¿Y mi tío Bruce? ¿Y Constance? —se extrañó Blackraven.

—Tu mayordomo me informó que todos, tu tío Bruce, Constance y tu madre, partieron rumbo a Cornwall.

—¿A Cornwall? Mi madre odia Cornwall. ¿Te dijo Duncan cuándo habían partido?

—Acababan de partir. El día anterior a mi llegada habían recibido una carta y, el mismo día, por la tarde, estaban en marcha. De esto hará un mes. Yo me hice a la mar poco más tarde y puse proa directo hacia aquí, hacia Río de Janeiro.

—¿Para qué recalaste en Londres? —se interesó Blackraven.

—Nos topamos con un barco turco camino a Ceilán y lo abordamos. Regresé a Londres para presentarme ante el Tribunal de Presas. Todo resultó bien. Fue una estupenda presa, Roger. Las bodegas de ese barco iban hasta el techo. Especias, metales, telas, cueros, vajilla, muebles. Deposité tu parte en la Lloyd's, diez mil setenta libras.

—En verdad, una excelente presa.

—Toma, aquí traje la sentencia del Tribunal de Presas donde se establece la partición —y le indicó la línea con el botín para el dueño del barco—. El señor Spencer —Távora hablaba de un empleado de la casa Lloyd's— preguntó si deseabas que te enviaran un giro a alguna parte, y yo me atreví a indicarle que lo hiciera a Río de Janeiro. Si no te hubiese encontrado aquí, lo habría hecho efectivo con el poder que me conferiste y te lo habría llevado adonde hubieses estado.

—Hiciste bien —acordó, y recibió el documento—. Necesito dinero para terminar la curtiduría de Buenos Aires, y allí no hay correspondientes ni bancos. ¿Qué nave capitaneabas cuando abordaste a los turcos? —se interesó de pronto, con ese talante habitual en él, que saltaba de un tema a otro sin preámbulos ni pausas.

—El *Minerva* —uno de los barcos de mayor calado de la escuadra de Blackraven.

—¿El *Minerva* está aquí, en Río?

—Oh, no. Necesitaba velocidad. Me urgía encontrarte. Así que lo dejé en la Piscina de Londres y tomé la *Wings*. Al fondearlo en la Bahía de Guanabara, vi el *Sonzogno* y el *White Hawk* y supe que te hallabas cerca. Gabriel Malagrida —Távora hablaba del capitán del *Sonzogno*— me indicó dónde te hospedabas. Me dijo también que estás con tus primos, el rey Luis XVII y Madame Royale. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué los sacaste de Buenos Aires?

—Ya te contaré. Pero antes quiero que me expliques por qué te urgía encontrarme.

Távora volvió a llenar los jarros con brandy.

—Se trata de una mala noticia, Roger. —Levantó la vista y dijo: —Simon Miles está muerto. Asesinado.

Blackraven lo contempló con gesto inmutable, los ojos endurecidos y quietos, tensos los labios y las fosas nasales. Távora advirtió que apretaba el jarro por la tonalidad blancuzca que adoptaron sus nudillos.

—¿Cómo ocurrió?

—Lo apuñalaron en el cuello, en su casa. Alquilaba unas habitaciones en la calle Cockspur, en Londres. Allí lo encontró el ama de llaves.

Depositó el jarro sobre la mesa, apoyó ambas manos en el borde y echó la cabeza hacia delante. «Simon», evocó, embargado de melancolía.

—Lo siento, Roger. Sé que las cosas no terminaron bien entre vosotros, pero sé también que tú le tenías gran afecto.

—Para mí, era un hermano —confesó—. Tuvo una muerte espantosa.

Se acomodó en la silla como un peso muerto. Un momento después, Távora apreció una inflexión en el ánimo de Blackraven cuando lo vio erguirse contra el espaldar y fijar la vista en un punto más allá de él, con el puño sobre la boca.

—Valdez e Inclán también está muerto. —Távora lanzó un soplido. —Sí —ratificó—, lo envenenó Bernabela.

—¿Su mujer?

—Sí, su mujer. Alcides quiso confesarme algo antes de morir; parecía muy angustiado, pero solo alcanzó a murmurar unas palabras carentes sentido.

—¿Cuáles fueron?

—Simon Miles. Y ahora tú me dices que él está muerto. Asesinado.

—Quizá —conjeturó Távora— un suceso no tenga que ver con el otro. Sí, sí, ya lo sé —admitió, ante la mueca del inglés—, son demasiadas coincidencias.

—Simon conocía el paradero de Marie —habló Blackraven tras una pausa.

—¿Sabía que Madame Royale estaba en el Río de la Plata?

—Sí, y de allí tuve que sacarla, a ella y a Luis, porque un sicario, Le Libertin, intentó asesinarlos.

—¡Le Libertin! ¡Le Libertin en Buenos Aires!

Távora recordaba al espía francés. Años atrás, por su causa, se había frustrado una entrega de armamento para los monarquistas franceses en el puerto de Burdeos, con una gran cantidad de muertos.

—¿Crees que Simon le vendió la información a Le Libertin?

—Me odiaba —apuntó Blackraven—. Me acusaba de la muerte de Victoria.

—A pesar de eso —terció Távora—, Simon era una persona noble. Dudo de que hubiese querido dañar a Madame Royale para perjudicarte. Además —razonó—, Simon no tenía acceso a personas como Le Libertin. Un ciudadano ordinario, como lo era él, no entra en tratos con un personaje como ese maldito espía francés. Por otro lado, ¿qué tiene que ver Valdez e Inclán con Simon Miles?

Trazaron hipótesis tras hipótesis por más de una hora, y Blackraven satisfizo la curiosidad de su amigo en cuanto a los sucesos ocurridos en torno a William Traver, o Le Libertin, y también en lo referente a la penosa muerte de su socio, Valdez e Inclán.

—Todo esto es un galimatías —concluyó Távora, y permaneció en silencio—. Roger —dijo de pronto—, en realidad, no era la noticia acerca de Simon Miles la que me urgía comunicarte. —Blackraven lo instó a hablar con un ademán. —Verás, antes de zappar hacia aquí, estuve en París con la intención de hacerme de noticias frescas. Allí me enteré de algo que me tiene consternado. Según mi informante, Fouché —Távora se refería al ministro de Policía de Napoleón— ha contratado a un sicario, el mejor, para matar al Escorpión Negro. Lo llaman La Cobra. Dicen que nunca falla.

—Lo he sentido mentar. ¿Qué más sabes?

—No mucho. Se asegura que lo contrató por una fortuna, hace tiempo ya, quizás en 1804, después de atrapar a Ribaldo. ¿Habrá conseguido sustraerle alguna información y con eso poner en la pista a La Cobra?

—Lo dudo —afirmó Blackraven. Conocía a sus hombres, él mismo los había entrenado.

—Los verdugos de Fouché pueden ser muy disuasivos —alegó Távora.

—Ribaldo no soltó prenda, quédate tranquilo. Pídele a don Elsieo pluma, papel y tinta, y un poco de lacre.

Távora regresó minutos después, y Blackraven se puso a escribir. Fueron dos mensajes, pocas líneas. Calentó la barra de lacre al pabito y selló las hojas plegadas. Antes de que el material se enfriara, levantó la tapa en forma de trébol del anillo que usaba en el anular de la mano derecha y lo estampó sobre el lacre, donde quedó moldeada la figura de un escorpión. Távora levantó los mensajes, leyó los nombres de los destinatarios y los guardó en el bolsillo interno de su chaqueta.

—¿A Fouché? ¿Al conde de Provence? —se alarmó—. ¿Qué les dices?

—Que Le Libertin sirve de alimento a los peces y que Luis XVII aún está con vida.

—¡Roger, tú no sabes con certeza quién envió a Le Libertin! Podría haber sido otro grupo interesado en eliminar al verdadero rey de la Francia. Además los pondrás sobre aviso de que es el Escorpión Negro quien tiene a Luis XVII.

—A ver si con eso dejan de lado sus intentos de asesinarlo. Por otra parte, me interesa que Fouché sepa que su sicario, hasta el momento, ha fallado.

—¿Estás seguro de que los Borbones y Fouché saben que Luis XVII no murió en la prisión del Temple cuando era un niño? Podrías estar entregándoles información que desconocen.

—Lo saben, lo saben muy bien. Pierde cuidado, mi certeza es absoluta.

—Y si lo sabe Fouché, lo sabe Napoleón —caviló Távora.

—Tanto a Napoleón como al conde de Provence les conviene que Luis Carlos muera o permanezca en la sombra. En el caso de Napoleón, para preservar su sitio como emperador de la Francia, y en el del conde de Provence, porque aspira algún día a ser rey.

—¡Maldito seas, conde de Provence! —explotó Távora—. Se supone que debería estar protegiendo a su sobrino Luis Carlos, no cazándolo como a un animal.

—¿Qué te sorprendes? —se mosqueó Blackraven—. ¿No has vivido lo suficiente para saber la clase de bestia en que puede convertirse un ser humano movido por la codicia?

—El poder y el dinero trastornan a cualquiera.

—No a cualquiera —objetó Blackraven—, aunque sí a la mayoría.

—No conozco a nadie —argumentó Távora— que, por dinero o por poder, no venda su alma al diablo.

—Yo sí —afirmó en voz baja—. Yo sí —repitió un segundo después.

—Pues me gustaría saber quién es, pues yo solo he conocido de los otros. El marqués de Pombal es una buena muestra de la clase de infame que habita este mundo. Mandó matar a toda mi familia, incluidos los niños y las mujeres, para asegurar su poder sobre mi padre y perpetuarse.

—No olvides que tu hermana, la reina María, lo repudió y exilió, y murió confinado en sus propiedades.

—Tendría que haber acabado con su vida —se lamentó Távora—. Tendría que haberlo matado con mis propias manos —dijo entre dientes, agitándolas.

Blackraven le apretó el hombro y lo sacudió apenas. Se miraron, ambos conocedores de las profundidades de sus rencores y de sus malas memorias.

—Ya déjalo ir.

—¿Qué? —se ofendió Távora—. ¿Acaso tú has perdonado a tu padre? ¿Acaso has olvidado que te raptó y te separó de tu madre cuando eras un crío?

—No lo olvidé ni lo perdoné, pero no duele como antes —admitió—. Necesito que esos mensajes —apuntó deprisa— lleguen a sus destinatarios. Encárgate de ello.

—Así lo haré. Zarparé en la *Wings* cuando haya terminado de cargar el matalotaje.

—Apenas cumplas con esa misión, te necesitaré de regreso en el Río de la Plata.

—¿Piensas volver allí? —se sorprendió Távora—. ¿No visitarás tus otras propiedades de ultramar?

—Te dije que debo regresar para terminar la curtiembre. Sin Valdez e Inclán, todo recae sobre mí.

Távora se quedó mirándolo. Blackraven, sin prestar atención, se echó al colete el último trago de brandy y se puso el abrigo.

—Por cierto, ¿dónde está Somar? —preguntó, en referencia al asistente turco de Blackraven.

—Se quedó en Buenos Aires.

—¿Viajaste sin él? —se pasmó Távora, pero no hubo contestación—. ¿Cuándo regresas al Río de la Plata?

—Aún no lo sé, en un par de meses quizá.

Blackraven guardó los documentos y la misiva de Carlos IV y empuñó su estoque. Se disponía a abandonar la habitación cuando Távora lo retuvo por el brazo.

—Roger —dijo—, supe que lord Bartleby, el nuevo jefe del Departamento Exterior, quiere contactar al Escorpión Negro.

El Departamento Exterior, ubicado en el viejo palacio de Whitehall en el corazón de Londres, se ocupaba de la organización de las fuerzas secretas del gobierno británico en su lucha para destruir al enemigo francés. Si bien la historia del Escorpión Negro no se asociaba a ese organismo desde un comienzo, en los últimos tiempos había emprendido algunas misiones por mandato directo de sir Hughes Fulham, el anterior jefe, quien había terminado por convertirse en un gran amigo del Escorpión Negro, o de Roger Blackraven, llevándose a la tumba su identidad, la de sus cinco espías y la del resto de los hombres que componían su red. Pocas semanas después del deceso de sir Fulham, Ribaldo Alberighi había sido capturado por los agentes de Fouché en el mesón Paja y Heno de Calais, llevado a París y torturado hasta su muerte.

Blackraven no podía rememorar aquel suceso sin una profunda amargura. Se achacaba haber descuidado a uno de sus compañeros,

pensaba que lo había defraudado. Las dudas lo atormentaban, y no ser capaz de determinar de dónde había surgido el golpe traidor le quitaba el sueño. Al culparse por la muerte de Ribaldo, se obsesionó con el destino de los cuatro espías sobrevivientes y los demás agentes a su servicio. Decidió retraerse en las sombras y esperar, aunque bien sabía él que a sus colaboradores les urgía volver al circuito de espionaje europeo; solo allí se sentían plenos.

—¿Cómo sabes que lord Bartleby quiere al Escorpión Negro?

—Bodrugan me lo dijo.

—¿Estuviste con Amy?

—Sí, en Ceilán. Ella también está buscándote. Me dijo que de allí partiría hacia tu propiedad en Antigua.

Blackraven asintió y caminó hacia la puerta.

—¿Qué decides? —lo detuvo Távora—. ¿Volveremos a trabajar para Whitehall?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no confío en Bartleby.